

Azorín



Cavilar y contar



En *Cavilar y contar*, Azorín, poeta de las pequeñas cosas, como en tantas ocasiones ha señalado la crítica, más que en lo físico o material, fija su preciso aparato estilístico sobre lo humano. La novedad de esta obra estriba en el hecho de que en ella Azorín ha volcado todo su profundo conocimiento de la vida. La anécdota es a veces minúscula, inesencial, pero siempre ilumina algo de nosotros mismos. Partiendo de lo cotidiano y vulgar, incide Azorín sobre sentimientos e instintos decisivos. Por esa honda inquietud por el destino humano y su misterio, esta colección de pequeñas anécdotas tan admirablemente elaboradas cobra trascendencia, y nos deja algo más que el placer de un arte y un estilo logrados: nos deja una emoción, y un palpito de humanidad. Pequeños relatos que revelan un Azorín preocupado por la inquietud en el juego constante del azar, y que impresionan profundamente, alejados en todo momento de una fácil truculencia, sencillos, suaves, pero vigorosos por la fuerza de los «momentos» que viven sus personajes.

A JULIO RAJAL,
*mi sobrino e inestimable secretario,
para recuerdo de su continuada
y afectuosa cooperación inteligente.*

Pectore toto.

CAVILAR y contar: ése es el oficio del cuentista. Primero, naturalmente, se cavila, y luego se cuenta. Primero surge –cuando surge– un embrión de cuento en la mente, y más tarde se pone en el papel lo que se ha imaginado. El embrión lo hace nacer cualquier accidente imprevisto o previsto; un encuentro con un desconocido, las palabras de un amigo, una puerta cerrada, un pasillo al cabo del cual hay un balcón, el son de una esquila en el campo, el paisaje que contemplamos, la nube que pasa. Poco a poco ese tenue embrión va cobrando cuerpo; ya hay casi una trama en movimiento; luego esa trama se amplía otro poco más. No pensamos en el cuento que hemos de escribir, y cuando no pensamos es cuando el cuento sigue su evolución. Volvemos a él en plena conciencia; quitamos y añadimos; redondeamos lo que estaba esquinado; suprimimos efectos que nos habían placido en el primer instante... ¡Y ya está el cuento!

Falta contar, es decir, escribirlo. ¿Pondremos en el papel todo lo que hemos imaginado? Un cuento ha de ser narración breve. En esos términos angostos se ha de encerrar lo siguiente: exposición, desenvolvimiento y epílogo. Si el cuento no guarda armonía, proporción, equilibrio en todas sus partes, no será cuento bueno. La brevedad no ha de empecer tampoco a la plenitud artística. Dentro de tan apretados límites, bien se puede –si se sabe– encerrar una obra de arte. Obras de arte son los cuentos de Pedro Antonio de Alarcón, de Leopoldo Alas y de Emilia Pardo Bazán; estos tres cuentistas modernos son ya clásicos. En Alarcón domina el efecto dramático, en Leopoldo Alas, la observación moral y psicológica, en la Pardo Bazán el deseo –muy

femenino— de desconcertar al lector. El cuento es cosa moderna; nace con el periódico; la necesidad de constreñir la narración a una o a dos columnas hace que surja el cuento, narración abreviada. Cervantes hubiera sido, en nuestros días, con la necesidad periodística, un admirable cuentista; al igual que Maupassant, hubiera dejado dos o tres novelas y tres o cuatro centenares de cuentos. Los comentaristas tendrían motivos sobrados para encontrar en todos esos cuentos contradicciones e incoherencias. En los cuentos de Cervantes hubiera descollado, sin duda, la pintura fina de costumbres, la descripción del paisaje y una grata ausencia de tendencia aleccionadora. No existe tampoco esa tendencia en Pío Baroja, gran cuentista, entre los actuales; el lector de esos cuentos, habituado a esos cuentos, no experimenta el temor de que a un prejuicio sea sacrificada la belleza de la narración. La Naturaleza —contradictoria siempre— manda en esas páginas, y la Naturaleza es obedecida.

He reunido en este volumen algunos de los cuentos que he escrito con más cariño; los escribí cuando tenía aún entusiasmo por las fábulas un tanto complicadas; a esa complicación fui desde la primitiva sencillez; a la primitiva sencillez creo que he retornado luego. No existe, sin embargo, en estos cuentos, sacrificio de lo natural a lo sorprendente trivial. Hay, sí, en muchos de ellos, un deseo de penetrar en un mundo misterioso. En la lejanía, más allá de las apariencias cercanas, he procurado que se entrevea una región ignota; en esa región ignota, a lo que a nosotros nos parece azar es un orden preestablecido, y lo que reputamos misterio es claridad eterna.

AZORIN

Madrid, octubre 1941.

EN EL ESPEJO

LA TERTULIA del café Belgrado, en la calle de Alcalá, la formábamos seis u ocho amigos. Allí estaba el general Garmellas, un redactor de «Horizonte», un catedrático del Instituto Juan de Valdés, el dueño de los almacenes Cosmos de la calle de Carretas, el juez vigesimoquinto de Madrid, Paco Garrido, etc. Dejo para nombrarlo aparte al doctor Miralles. El doctor Miralles no era en realidad doctor. Había seguido como aficionado tres o cuatro cursos de Medicina. Su pasión era la Anatomía. Estaba al tanto de las novedades terapéuticas. Alguna vez recetaba a los amigos en las indisposiciones leves. Solía asistir también a las operaciones realizadas en las clínicas de cirujanos amigos.

Durante una temporada tuve el capricho de visitar los pisos desalquilados. Hacía con ello ejercicio físico y me complacía en meditaciones sentimentales. Los pisos desalquilados son ámbitos que descansan. Han sido henchidos del afán humano –esperanzas, decepciones, dolores, alegrías– y ahora esperan volver a su florescencia emocional. Unas veces me acompañaban los porteros y otras me daban las llaves y subía yo solo. Estaba visitando una mañana un piso desalquilado. No era grande. Poco a poco iba yo recorriendo sus estancias. Llegué a un cuartito interior que daba a un patio. Enfrente había una ventana por la que se veía un espejo. La casa de enfrente correspondía a otra calle. En el espejo se reflejaba la imagen de un lavabo. En un reloj de la vecindad daban las once. Y en este

momento apareció en el espejo la figura de un hombre. Era el doctor Miralles. Lo estaba viendo yo tal como era. Llevaba un traje azul a rayas. La corbata era de color de amaranto. El doctor Miralles, con gesto lento, un poco sofocado, se lavaba las manos en el lavabo. Las manos las tenía enfundadas en unos guantes de goma. En el espejo se reflejaban todos los movimientos del doctor. Acabó el doctor Miralles de lavarse las manos, sin quitarse los guantes, y desapareció.

Por la tarde, en la tertulia de Belgrado, al llegar el juez, Paco Garrido, dijo:

—He tenido esta mañana un telegrama del doctor Miralles. Me telegrafiaba desde Alcalá de Henares y me pedía una recomendación para el juez de esa ciudad. He telegrafiado al juez, y horas más tarde el juez me telegrafiaba también y me decía que había tenido mucho gusto en complacer a nuestro amigo.

—¿A qué hora le ha telegrafiado a usted el doctor Miralles? —he preguntado yo a Garrido.

—A las once. Aquí tiene usted el telegrama.

La tertulia de Belgrado era agradable, entre otras cosas, porque nunca se hablaba en ella de lo que por casualidad supiéramos los contertulios unos de otros. Al día siguiente se descubrió el crimen de la calle de Romerales. La víctima era un viejo usurero muy conocido en todo Madrid. La casa en que se había cometido el crimen era la misma que yo estuve observando desde la ventana del patio. El cuartito con el lavabo pertenecía a esa casa. El crimen comenzó a interesar a las gentes. Se había realizado en condiciones excepcionales de misterio. Nadie en la casa sabía nada. Ni el portero había visto entrar a nadie en la casa, ni había visto tampoco salir a nadie. Los periódicos publicaban extensas informaciones. Le había tocado instruir el sumario a nuestro contertulio el juez Paco Garrido. La constancia, la escrupulosidad y la clarividencia que el juez ponía en su trabajo eran verdaderamente admira-

bles. Pero no se descubría ni el más leve indicio de quién fuese el autor del crimen.

El autor había realizado una perfecta obra maestra en cuanto a crímenes. El tiempo pasaba. Se iba agotando el tema y los periódicos tenían acerbas censuras para la Policía y para el juez. Paco Garrido, con la fatiga de tan enorme trabajo, se mostraba irritable y exasperado. En la tertulia del café solíamos comentar las particularidades del crimen. Semejaba un día que habíase logrado una pista. El interés de la opinión se reavivaba. Poco a poco se iba viendo que la pista descubierta era falsa. Había, por lo tanto, que comenzar otra vez. El doctor Miralles, como los demás contertulios, daba sus opiniones sobre los aspectos diversos del crimen. No había alterado su vida. No dejaba de concurrir asiduamente a la tertulia. Su palabra y su gesto eran, como siempre, reposados. Al cabo de un mes el asunto estaba casi olvidado. De pronto se hizo una detención importante y el crimen recobró su actualidad. Pero también esta vez la Policía y el juez habían recorrido un camino falso. Todas las tardes, al entrar Paco Garrido, procurábamos hablar animadamente de los incidentes del crimen. Como veíamos a Paco Garrido ensimismado, preocupadísimo, no queríamos con nuestro silencio aumentar la preocupación penosa de nuestro amigo. Al despedirnos una tarde, el juez, en presencia de todos, me dijo:

–Voy a realizar esta tarde una nueva inspección en la casa del crimen. ¿Quiere usted, Antonio, acompañarme?

–Con mucho gusto, querido Garrido –contesté.

Nos pusimos en marcha hacia el Juzgado. De allí nos trasladamos a la calle de Romerales. El piso que visitamos era reducido y estaba amueblado sumariamente. Había sido atraída a este piso, con engaño amoroso, la víctima del crimen. En tanto el juez realizaba la inspección, yo fui recorriendo todos los aposentos. Sobre un velador había aún una botella de coñac y dos copas a medio vaciar. Se había respetado escrupulosamente el estado del cuarto

en el momento de ser descubierto el crimen. En el cuartito del espejo estuve un momento. Abrí el grifo del agua y estuve lavándome las manos tal como hizo la figura que yo vi reflejada en el espejo. Desde la ventana opuesta imaginaba yo que me estaba contemplando otro ciudadano, que también, como yo, tenía el capricho de visitar los cuartos desalquilados. El reloj que yo había oído volvió a sonar. Iba yo a ser víctima, no de un crimen, sino de una alucinación, cuando me llamó el juez dando una gran voz. No sé qué particularidad extraña había descubierto. Conversamos sobre ello un instante y vimos que no tenía trascendencia ninguna. Lo que yo encontré sí era curioso. En el suelo, en el mismo cuarto en que el crimen había sido cometido, al pie de una cama deshecha, en cuya almohada había un largo cabello rubio, encontré un botón. Lo recogí sin que el juez lo advirtiera. Al llegar por la noche a la tertulia de Belgrado observé al doctor Miralles. El doctor Miralles se sentaba junto a mí. Vi que en su chaleco faltaba un botón. Los botones eran idénticos al que yo había recogido en la casa del crimen.

—¡Ya se conoce, doctor —dije—, que vive usted en una pensión y no tiene quien le cuide! ¡Es usted un desastrado! Le falta un botón en el chaleco y yo voy a dárselo. Aquí lo tiene usted.

El doctor Miralles tomó el botón. En aquel momento se sentaba en la tertulia el juez. El doctor Miralles, con el botón en la mano, exclamó dirigiéndose al juez:

—¡Paco, ya ha aparecido el autor del crimen!

—¿Quién es el autor del crimen? —preguntó el juez.

—El autor del crimen soy yo. Y aquí tiene usted la prueba. Antonio ha estado esta tarde con usted en la casa del crimen. En la casa ha encontrado este botón. Y precisamente este botón es el que me falta a mí.

Sin poder contener todo su reconcentrado despecho, el despecho de tantos días, el juez profirió:

—¡Es decir, que me ve usted hostilizado, combatido, zarandeado, pateado por todos los periódicos y viene usted a poner encima una bromita! ¡No hay derecho, querido doctor! ¡Bromas, no! Le tolero a usted todo lo que usted quiera, menos que venga usted a darme un pescozón encima de los palizones que me están dando.

Ocho días después, el doctor Miralles nos invitaba a todos a un almuerzo. Había sido nombrado para un cargo importante en una gran Empresa industrial de San Francisco de California. A la comida asistió también el director de la Empresa, Samuel Priestley, de paso en Madrid. La comida transcurrió animada y cordialísima. Tres días más tarde el doctor Miralles embarcaba en Gibraltar.

EL SANTUARIO ABANDONADO

PAULINO SOJO, en una reunión de amigos, de unos pocos amigos íntimos, habla de esta manera:

—Todos habéis hablado del espectáculo que más os agrada. Ahora me toca a mí. Voy a decir yo qué es lo que más me place en el mundo. No son los libros. No es el teatro. No son los viajes. No son los museos. No es el campo. De todo esto tomo un poco. En todas estas cosas se agrada, sí, mi espíritu. Pero lo que yo más prefiero es contemplar en silencio, con avidez, el espectáculo de la psicología humana. ¿Y dónde se puede observar este espectáculo mejor que en las multitudes? Lo individual me place; pero lo colectivo me seduce irresistiblemente. Y en lo colectivo, el sentimiento es la flor de la psicología. El sentimiento, en su forma más prístina y sincera, es para mí el espectáculo más delicado que se pueda contemplar. Suelo ir de tarde en tarde a Lourdes. No voy ni como creyente, ni como artista, ni como crítico, ni como historiador. Me lleva a esos parajes el deseo de ver en vivo el sentimiento humano. Y siempre que voy me precede la visión de un rostro pálido detrás de los vidrios de una ventana, durante meses y meses. El rostro de un ser humano que sufre en silencio, rodeado de los seres queridos, que saben irremediable el mal y que sonríen contra su voluntad para animar al doliente. En Lourdes, el dolor humano alienta la esperanza. La esperanza, en estos parajes, se nos muestra pura, limpia, etérea, vibrando en el aire que se respira. Paso a paso sigo yo en mis visitas a Lourdes las muchedum-

bres endoloridas. El mundo no existe. Las riquezas y maravillas del mundo desaparecen. El color, las formas, las exterioridades brillantes se han desvanecido. Intacto y doloroso está allí el sentimiento. Hay rostros de una expresión inenarrable y manos que se crispan con movimientos que no se pueden expresar. Y en este punto dejo a Lourdes y emprendo otro viaje.

–Vamos donde quieras.

–Te acompañamos todos.

–Nos llevas contigo.

–¿Que os lleve yo conmigo? No os arrepentiréis de venir en mi compañía. En mi vida existe un punto central y recatado. Estamos hablando aquí en la intimidad. No hablaría yo de esto si no fuera con vosotros. Lo más íntimo de mi espíritu es la atracción que siento hacia los caídos. Los vencidos me atraen. La actitud muda, reposada, dolorosa, de un vencido me hace acercarme a ese hombre con profundo respeto. La prosperidad se lleva tras sí a las gentes. En torno a los caídos se hace un círculo de silencio. La Saleta se encuentra en decadencia. He ido varias veces a la Saleta. En 1846, la Virgen se apareció a dos muchachos, Maximino y Melania, en los Alpes franceses, obispado de Grenoble. La aparición no prosperó. El arzobispo de Lyon se opuso desde el primer momento al nuevo culto. En 1858, la Virgen se apareció en los Pirineos a una muchacha. Bernarda tuvo más fortuna que Melania y Maximino. La Saleta quedó desierta. Las muchedumbres corrieron a Lourdes. Y en la Saleta yo me abismaba pensando en las fortunas del mundo. ¿Conocemos el mundo? ¿Sabemos todo lo que encierra el cosmos? No creo en el azar. El azar es azar porque no conocemos lo insondable. Siempre, ante un caso de azar, me siento estremecido. No es la Saleta el único santuario abandonado que he visto en mis andanzas. El que más me ha impresionado se halla en España.

–A ese santuario vamos nosotros también.

–En España estamos todos.

–Todos queremos a España.

–Nadie me gana a mí en amor a España. De todo lo de España, lo que más me agrada son los días grises. Soy un coleccionista de días grises. Conozco los días grises de Galicia, y los de Vasconia, y los de Castilla, y los de Andalucía. En Alicante, el cielo es siempre de un azul purísimo y elevado. No llueve apenas. El aire vibra en su sequedad. El paisaje es gris. La tierra es gris. Las montañas son grises. Los grises se desenvuelven suavísimamente. El azul del cielo, sobre las cosas y sobre el paisaje, hace realzar la tenuidad de lo gris. En los días grises –rarísimos días– es cuando en esta tierra el paisaje surge con todo su valor profundo. Entonces una dulzura inefable impregna las cosas. En uno de estos contados días grises visité yo el santuario de la Virgen del Hinojar. Hace treinta años, en un matorral de hinojos, se descubrió una Virgencita gótica. Construyose un santuario. Los devotos de los contornos acudían el 15 de junio, día de la Virgen, en bulliciosa romería. Centenares de carros se colocaban en torno a la iglesia. Se pasaba allí la noche. Multitud de fogatas elevaban sus llamas en las tinieblas, en tanto que arriba fulgían en el límpido cielo las estrellas. Se supo años después que la Virgen había sido colocada en el hinojar por un devoto indiscreto. Se perdió la fe. Antes se producían curaciones maravillosas. El milagro es la recompensa de la fe. Desde que se descubrió el misterio de la aparición no se volvió a producir ningún milagro. Y al santuario no acudió nadie. El valle de Elda es uno de los más bellos de la provincia de Alicante. En el fondo corre el Vinalapó entre cañares y se aleja la vía férrea. Allá, en un recuesto, se halla Petrel. Y en lo hondo del valle está Elda. Arriba, sobre una colina desnuda, aparece Monóvar. La peña del Cid se levanta a un lado. Tiene de elevación 1.111 metros. La peña del Cid avanza cuadrada, sólida, fornida, sobre el valle. Se descubre por encima de los otros montes desde muchas leguas a la redonda. Por delante, en la parte que se asoma al va-

lle, se corta como un acantilado. Por detrás se forma una larga rampa que llega hasta la inmensa terraza. En una de las estribaciones posteriores de la peña del Cid fue edificado el santuario de la Virgen del Hinojar. Un matrimonio joven, Pepeta y Chimo –es decir, Pepa y Joaquín–, guarda la iglesia. Las paredes del santuario relucen de blanca cal. El piso está pavimentado con anchas baldosas rojas. De la reducida sacristía parte una escalerita que conduce al camarín de la Virgen. Al lado de la iglesia se halla una casa donde viven Pepeta y Chimo y donde se puede alojar algún huésped efímero. Desde el camarín de la Virgen contemplaba yo el reducido y blanco ámbito de la iglesia. Ni una desconchadura, ni una grieta. Todo limpio, albo e intacto. El placer estético era profundo. Llegué por la tarde, andando desde la carretera, donde había dejado el autobús de línea, y quería regresar al día siguiente. Fue emocionante el momento de la despedida. Pepeta y Chimo eran ya mis amigos queridos. Subí otra vez al camarín. Otra vez gocé del breve espacio blanco y silencioso. Al salir del camarín noté en la pierna algo extraño. Había estrenado yo dos días antes un traje. El paño, finísimo, de color azul, me lo habían enviado de Londres. Al detenerse mi mano en el paño me complacía yo en palpar esta suavidad de la fina urdimbre. Y ahora, de pronto, al salir del camarín, un clavo inoportuno abría un terrible siete en mi pantalón.

–¡Ahí tienes el milagro!

–¡Ahí está el portento!

–¡Ya está ahí el hecho peregrino!

–No os contesto. Continúo mi narración. No hago comentarios. Expongo el hecho escueto. Y el hecho es que no pude yo salir aquella mañana a la carretera a tomar el autobús. Dejé el viaje para el día siguiente. Había que arreglar el desastre. Las manos diligentes y cuidadosas de Pepeta lo hicieron. El zurcido fue perfecto. Nos sentamos luego los tres, Chimo, Pepeta y yo, en la puerta de la hos-

pedería. El día gris era maravilloso. En el aire trinaba, invisible, una alondra. Pocos momentos después supimos la catástrofe. El autobús que yo debía haber tomado acababa de despeñarse por un hondo barranco.